

LA HONDA Y EL GUIJARRO

Mientras los demás desayunaban alrededor de la fogata, Marcos tomó la honda de su padre y fue a practicar con ella a un terreno arbolado junto al lago Sawtooth. Quería practicar solo porque los guijarros volaban por todas partes sin dar en el blanco elegido. Nunca estaba seguro de que irían en la dirección en que él los lanzaba. Marcos se divertía lanzando guijarros entre los árboles a las cristalinas aguas del lago. Después de mucho practicar pensó que había dominado el arte de lanzar piedras con honda casi tan bien como lo hacía David en los tiempos bíblicos. De pronto tomó el guijarro más suave que pudo encontrar. Afirmó bien las piernas para mantenerse firme, e hizo revolear la honda sobre su cabeza cada vez con más rapidez, hasta que finalmente lanzó el guijarro. La piedra no dio contra ningún árbol, sino que voló directamente hacia el lago. Pero Marcos no se sentía nada impresionado por el rápido vuelo de la piedra que todavía iba metida en el cuero de la honda que la sostenía. Por alguna razón se le habían soltado los ramales de la honda. Cuando finalmente aterrizó, lo hizo en medio del lago.

Mientras Marcos se dirigía hacia el borde del lago, se preguntaba cómo le diría a su padre que había perdido su honda. Pero oró que de alguna manera pudiera encontrarla. Cuando llegó al lago, descubrió que la honda flotaba cerca de la orilla. Ni siquiera se mojó los pies para recuperarla. Agradeció a Dios de inmediato por haberle ayudado. Por cierto que cuando entregó la honda a su padre, éste le preguntó por qué estaba mojada; pero dio a entender que comprendió lo que había sucedido, como si él hubiera pasado por la misma experiencia.